

## ***A orillas del Mar Caribe: Boceto histórico de la Playa de Ponce. Desde sus primeros habitantes hasta principios del siglo XX de Elí Oquendo***

Margarita Sastre de Balmaceda  
Departamento de Humanidades  
Universidad de Puerto Rico en Ponce

Con entusiasmo y dedicación, el autor, Elí Oquendo Rodríguez, se sumerge en la investigación de fuentes primarias y secundarias para presentarnos un panorama de la Playa de Ponce desde la época pre-colombina hasta principios del siglo XX. Treinta y ocho figuras y diez cuadros aportan una nueva vivencia especial a la obra, haciéndola aún más interesante y vivificadora. Siempre lo que conocemos sirve de semilla fecunda en la redacción —y fructifica en obras más significativas.

Así aprendemos que lo que hoy en día corresponde al centro comercial de Plaza del Caribe, en Caracoles, entre el 600 y el 1200 a.C., estuvo habitado por indígenas que ya habían desarrollado la cerámica y que correspondían a los comúnmente designados como Elenoide y Ostionoide.

Durante los siglos XVII y XVIII los playeros no sólo vivieron del contrabando sino también de la pesca, la crianza de reses y el cultivo de algunas huertas. Poco antes de terminar el siglo XVIII se creó la Capitanía del Puerto, recayendo su dirección en D. Salvador Blanch, quien la ocupó por unos 25 años.

Hay temas en el libro que —a mi entender— cobran especial significado. Uno de ellos es el Camino Real de la Playa. Este tenía suma importancia para los ponceños. El pueblo queda como a cuatro millas del Puerto y era a través de este que importaban y exportaban productos. Fue con una suscripción económica de vecinos que se rectificó y amplió el camino al puerto, que había adquirido gran importancia comercial. Así, se construyó un fuerte (o batería) descrito por el periodista D. Ramón

Marín en su libro *La Villa de Ponce considerada en tres distintas épocas*.

En los siglos XVIII y XIX los cronistas y viajeros recalcaron la lejanía entre el pueblo de Ponce y su puerto. Esta ruta se consideró como camino real, implicando que era más ancho que los demás, que podrían transitar por él carruajes y que el Estado debía correr con los gastos de su mantenimiento. Este camino tenía problemas de hoyos y baches, pero el mayor problema era que en el río Portugués (también conocido como el de Ponce) se construyó un conflictivo puente de madera. Se sometió una sola propuesta, la de D. Juan Bertoli. Abierto al público en 1864, fue arrasado por una crecida del río dos años después. Se reconstruyó y volvió a reconstruirse. Se evidencia la importancia adquirida por la Playa y su ambiente de prosperidad. España había adoptado una política liberal que fomentó que empresarios extranjeros —franceses, ingleses, italianos, alemanes y americanos— se asentaran en Puerto Rico. Ellos compraron grandes extensiones de tierra, las cuales cultivaron intensamente.

Entre los datos suministrados indica el autor que en 1836 en la Playa había 139 habitantes. Entre los oficios practicados se encontraban capitanes (o “la mar”), marineros, pescadores, comerciantes, toneleros (que confeccionaban toneles o barriles para transportar azúcar, mieles y ron), médicos. También hay datos del número de esclavos por propietario, tanto en la Playa como en el barrio de Matojal.

A mediados de la década de 1840 se comenzó a construir la Aduana de Ponce.

## A orillas de mar...

Guillermo Neumann estuvo a cargo de la misma. El barrio del Puerto seguía creciendo en tamaño e importancia. El 3 de febrero de 1845 se produjo en la Playa un incendio de gran magnitud. El barrio, sin embargo, cual ave fénix, resurgió pronto de sus cenizas. Es interesante notar que se destacan entre los comerciantes los catalanes, como D. Félix Pubil, así como algunos alemanes, como Henrique Dubber. Interesante conocer los asuntos principales que ocuparon la atención de los concejales respecto al poblado de la Playa; estos fueron: surtir de agua potable a la población del Puerto, proveer facilidades físicas para el comercio y aumentar la vigilancia, seguridad y servicio al público. En la década del 1850 se consolidó el carácter comercial de la Playa. Es de notar que los vecinos de la Villa de Ponce estaban obligados a construir en ladrillo la parte de acera que les correspondía.

El autor de esta tan interesante obra usa fuentes primarias manuscritas, impresas y libros, así como fuentes secundarias y electrónicas. Cita siempre a los autores de los comentarios, si no sabe el nombre, puede identificarlo como “otro transeúnte” porque este no indicó su nombre. La precisión del escrito es admirable.

Puntos suspensivos... Lean el libro. Que forme parte permanente de su biblioteca. Disfrútenlo. Aprendan. Tal vez algún antecesor de ustedes estuvo relacionado con la Playa de Ponce. En mi caso particular, mi bisabuelo, Jaime Oliver, tenía negocio de comestibles en la calle principal. Un rico hacendado de Jayuya, don Emeterio Atienzas, le debía tanto que, para pagarle, le ofreció una de dos fincas suyas en Jayuya: Santa Bárbara o Gripiñas. Mi bisabuelo escogió Gripiñas. Perdió la cosecha de café. Su hijo, Pancho Oliver, no llegó a tiempo a Arecibo para asegurarla. Así pasó al banco. Cuando llegó mi padre, Miguel Ángel Sastre, graduado

de ingeniero de New York University, el banco se la dio para que la trabajara. Después del 30 o más años tuvo, sin embargo, que venderla (al Gobierno) para saldar deudas. Pero esa es otra historia, como diría Kipling.

Recuerden que la vida es una constante aventura. El historiador la capta en sus escritos. Nos permite volver nuestra mirada a una realidad pasada. Revivirla.

